

La evangelización de la política

CARLOS CORSI OTÁLORA*

RESUMEN



El escrito estudia la evangelización de la política a partir de las reflexiones del Congreso de Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades (Bogotá, 9 a 12 de marzo de 2006), convocado por el Pontificio Consejo para los Laicos y el Celam, con el propósito de brindar aportes a la V Conferencia Episcopal de América Latina y para tomar decisiones sobre la marcha del laicado hoy. Se comenta el documento "Presencia cristiana en la sociedad y en la política, obra de reconciliación y de justicia" desde la perspectiva de la evangelización de la política y se analiza el desafío y el problema que ella entraña desde la perspectiva de la dinámica de comunión y de conflicto. Estas dinámicas se proyectan tanto en la dimensión micro, que se refiere a las estructuras del sistema social cívico-político, como

* Doctor en Derecho y Ciencias Políticas, Universidad Nacional. Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica, de la Academia Colombiana de Salud Pública y Seguridad Social. Miembro del Pontificio Consejo para los Laicos. Asesor del Departamento del Justicia y Solidaridad del Celam. Senador de la República por el Movimiento Laicos por Colombia, de 1991 a 2002. Libros publicados relacionados con el tema, como autor o coautor: *Colonialismo demográfico* (1972), *Centroamérica en llamas* (1982), *La liberación* (1987), *Vocación histórica de Colombia* (1991), *El Estado auténtico* (1997), *Horizonte y misión de una reforma política* (1999), *La reforma de la reforma en salud* (2002), *Del capitalismo totalitario a la civilización solidaria* (2002), *Seres humanos ¿material de laboratorio?* (2004), *Respuesta al problema pensional* (2004), *Familia y laicado, constructores de la civilización del amor* (2006). Correo electrónico: carloscorsiotalora@gmail.com

en la macro, que exige un acto de toma de conciencia histórica, en orden a que América Latina sea pionera en la construcción de la civilización del amor.

Palabras claves: *Congreso, movimientos eclesiales, nuevas comunidades, política, evangelización.*

Abstract

This paper studies the subject of the evangelization of politics starting from the reflections of the Conference of Church Movements and New Communities (Bogotá, March 9-12, 2006), convoked by the Pontifical Council for the Laity and the CELAM, with the purpose of offering suggestions to the Fifth General Conference of the Latin American Bishops and to take decisions on the behavior of laity today. The document «Christian presence in society and politics, a work of reconciliation and justice» is commented upon and an analysis is made of the challenge and problem that this presence entails from the perspective of the dynamics of communion and conflict. These dynamics project themselves as much at the microlevel, which refers to the structures of the civic-political system, as at the macrolevel, which demands an historical awareness, to bring about the idea that Latin America should become pioneer in the building of the culture of love.

Key words: *Conference, Church movements, new communities, politics, evangelization.*

INTRODUCCIÓN

El documento titulado “La presencia cristiana en la sociedad y en la política: obra de reconciliación y de justicia” versa sobre la evangelización de la política, tema que abordó el Congreso de Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades llevado a cabo en Bogotá del 9 al 12 de marzo de 2006. Éste fue convocado por el Pontificio Consejo para los Laicos y el Celam, para reflexionar sobre los caminos que el laicado está recorriendo y los que debe abrir en la nueva etapa de la historia que estamos viviendo, e igualmente para participar en el proceso de gestación de la V Conferencia Episcopal de América Latina. Los 160 participantes dialogaron sobre la política. ¿Acaso para dominarla? No, para evangelizarla.¹

1. En dicho Congreso participaron, por parte del primero, el arzobispo Stanislaw Rylko, presidente, el obispo Josef Clemens, secretario, y el doctor Guzmán Carriquiry, subsecretario; por parte del segundo, el cardenal Francisco Javier Errazuriz, presidente, el obispo Andrés Stanovik, secretario, y el padre Sydney Fones, coordinador de la

DESAFÍO Y PROBLEMA

El doctor Guzmán Carriquiry, subsecretario del Pontificio Consejo para los Laicos, uno de los más penetrantes conocedores de los procesos políticos y de su correlación con los de evangelización, en el Congreso mencionado esbozó el desafío de la evangelización de la política al diagnosticar que las estrategias operativas, proyectos y movimientos históricos que han canalizado mayormente la presencia política de los cristianos en los últimos decenios se encuentran en diversas situaciones de crisis, y como vía para darles respuesta, añadió:

...hoy en día la nueva fase del asociacionismo católico de los fieles laicos, que se manifiesta en muy diversos movimientos eclesiales y nuevas comunidades, está llamada a formar una nueva generación de militantes y líderes católicos capaces de afirmar una renovada presencia original y coherente en la vida pública de las sociedades de América Latina, que responda eficazmente a los grandes desafíos que enfrenta a inicios del siglo XXI.²

Para responder a los desafíos de la época –proféticamente vislumbrada por el Concilio a escala universal y por Medellín y Puebla al aplicarlo en nuestro continente– el pueblo de Dios, guiado por el magisterio de Juan Pablo II *inició el proceso de nueva evangelización*, eje de la reflexión de la IV Conferencia Episcopal de América de Latina, realizada en Santo Domingo (1992). Ahora corresponde a la *nueva evangelización de la política orientar al continente la esperanza* para que sea fiel a su “vocación original (...) aunar en una síntesis nueva y genial lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad” (Segunda Conferencia Episcopal, 1968: Introducción, No. 7).

organización de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, veinte obispos presidentes de las comisiones episcopales para los laicos de sendas conferencias episcopales de América Latina, 45 movimientos eclesiales y nuevas comunidades de carácter latinoamericano e internacional, que estuvieron representadas por sus presidentes. El grupo de trabajo número 4 se ocupó del tema “Presencia cristiana en la sociedad y en la política: obra de reconciliación y de justicia”. El documento que se comenta en el presente escrito fue dado a conocer en la plenaria por el relator José Mario Brasileño Carneiro; está en lengua portuguesa y la traducción es del autor. El tema también lo trata Alfonso Martínez Villamizar en *La evangelización de la política* (1998).

2. Guzmán Carriquiry, subsecretario del Pontificio Consejo para los Laicos, intervención en la sesión plenaria del Congreso mencionado. El tema había comenzado a desarrollarlo en “La presencia cristiana en las transformaciones políticas y sociales de Puebla”, publicado en *La teología de la liberación a la luz del magisterio* (1988: 721).

Con la relatoría de José Mario Brasiliense Carneiro, el grupo que se ocupó de lo político en el mencionado Congreso de Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades señaló:

Por eso, es urgente suscitar una creciente movilización del laicado, que trabajando como fuerza ciudadana con conciencia y praxis cristianas, oriente la transformación y cambio de América Latina hacia la vida, la solidaridad y la justicia, con el propósito de que ella sea vanguardia en la construcción de la civilización del amor en el siglo XXI.³

¡Tal es el desafío! ¿Cómo darle respuesta? He ahí el problema. Para examinarlo es menester reflexionar sobre la naturaleza y dimensiones de la evangelización de la política, para luego contemplar las formas que ha asumido en la vida del pueblo de Dios y las que hoy debe asumir para dar respuesta a dicho desafío.

NATURALEZA DE LA EVANGELIZACIÓN DE LA POLÍTICA

Al observar el panorama de la presencia cristiana en la sociedad y en la política latinoamericanas, el Doc.PC anota:

Se comprueba una significativa ausencia del laicado maduro en las estructuras del sistema político tales como partidos, gobiernos, parlamentos etc. Eso está permitiendo que el poder público no sea utilizado para construir una sociedad basada en la justicia y la solidaridad (...) falta claridad sobre el concepto de política y el papel del laicado en ella. Muchos entienden la política como el poder del Estado y por lo tanto la acción social no es política siendo así que la política es la realización del bien común y que el ámbito donde operan las instituciones de la sociedad civil es un ámbito político.

De este texto se desprenden varios criterios que es conveniente esclarecer a partir de unas preguntas.

¿Qué es la política?

Una respuesta es que la política es *el poder*. Ejercerla equivale a luchar por conquistar el poder, mantenerlo y no dejarlo perder. Este concepto tiene algo de verdad y mucho de error: ciertamente que el poder es bueno y consiste en la capacidad que tienen los grupos humanos para obrar; si no lo tuvieran, se disgregarían; y también es un medio para obrar. Sin embargo, la parte de error que contiene el concepto es dar al poder la naturaleza de fin.

3. Este documento sobre lo político del citado Congreso se seguirá citando como Doc. PC.

Si así fuere, el mejor político sería quien tuviere más poder y el peor el que en menor medida lo poseyera. O sea, que el poderoso, por ser tal, es el bueno, y el pobre es malo por carecer de poder. Lamentablemente, ese es el concepto socialmente predominante.

Actualizando un pensamiento de San Agustín, diríamos: si no fuera por la justicia, ¿qué serían los estados sino grandes mafias y qué serían las mafias sino pequeños estados? Para corregir el anterior concepto de política basta con añadir dos palabras: “bien” y “común”. La política es la realización del bien común, y el poder es el medio para realizarla. Para entenderlo mejor diremos: *política es hacer el bien en común*. La *ética* consiste en hacer el bien y evitar el mal; luego la ética es de la esencia de la política, no un añadido que le viene de fuera. *La autoridad y su ejercicio son la ética más el poder*.

Así pues, la política, contra lo que muchos opinan, no es el reino de la corrupción sino una virtud ciudadana. Por tanto, ningún ciudadano puede eximirse de hacer política. Con meridiana claridad lo dice Juan Pablo II:

...los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de participar en la política; es decir de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural destinada a promover orgánica e institucionalmente el *bien común*. (*Christifidelis laici*, No. 42)

¿Qué es evangelizar la política?

El hombre, tanto la persona como la comunidad, está herido por el pecado y necesita ser redimido; sólo por sí mismo no puede hacer bien el bien común; la realidad del pecado se lo impide. La gracia santificante penetra la vida humana, la sana y la eleva al hacer al hombre partícipe de la vida divina; en su *condición de redimido puede hacer bien, el bien en común*; puede realizar la auténtica política, y *en eso consiste la evangelización de la política*.

Al respecto, Paulo VI señala:

Es más, la Iglesia está plenamente convencida de que toda liberación temporal, toda liberación política (...) lleva dentro de sí misma el germen de su propia negación y decae del ideal que ella misma se propone, desde el momento en que sus motivaciones profundas no son las de la justicia en la caridad, la fuerza interior que la mueve no entraña una dimensión verdaderamente espiritual y su objetivo final no es la salvación y felicidad en Dios. (El Anuncio del Evangelio Hoy, No. 35)

Ella se realiza por medio de la vivencia de la *dinámica de comunión*. Para comprenderlo hay que distinguir entre el acto transitivo y el acto inmanente: mediante el primero, usted da, el otro recibe lo que se le da y usted pierde lo que da; mediante el segundo, usted da, el otro recibe lo que se le da y usted no pierde lo que le da. Por ejemplo, usted comunica al otro una idea, el otro la recibe y usted no la pierde, no se le olvida, la sigue poseyendo. Los actos inmanentes son tres, a saber: *la comunicación de la verdad* (el profesor enseña, el alumno aprende, el profesor no olvida lo que enseña); *la comunicación del amor* (la madre ama al hijo, éste recibe el amor y aquélla se hace más generosa) y *la comunicación de la vida* (los padres engendran a los hijos, éstos reciben la vida y aquéllos no mueren; más aún, crece la familia).

Cuando en un grupo *circulan la vida, la verdad y el amor* cada uno se entrega sinceramente a los demás sin perder nada de lo que es suyo y a la vez recibe todo lo de los demás. Crece la persona y crece la comunidad y se supera la dicotomía individuo-sociedad mediante *la solidaridad* (Corsi, Crespo y González, 1997: 222ss.).

La dinámica de *conflicto* nace de los actos transitivos, pues opera sobre las cosas materiales que son escasas; verbigracia, en una sala hay aire, las personas no luchan para respirar porque es abundante; pero si la cierran herméticamente y sólo dejan entrar poco oxígeno, nacerá un conflicto porque todos querrán respirar y sólo algunos podrán hacerlo. Para aprovechar las energías que laten en los conflictos y hacerlas útiles se emplea la *competencia* que les da un sentido, señala límites y fija reglas. Tal es el caso de la economía de mercado.

En la sociedad coexisten las dinámicas de comunión y de conflicto. En ella se entrelazan la *solidaridad* y la *competencia*. Dada la condición humana perturbada por el egoísmo y el pecado, el conflicto tiende a prevalecer sobre la comunión, y la competencia sobre la solidaridad, siendo así que para suscitar el permanente desarrollo humano integral, tanto de la persona como de la comunidad, se requiere de lo contrario: que los conflictos se vayan superando mediante el diálogo y la colaboración de todos y que la solidaridad controle y guíe a la competencia. Esto no es posible sin la acción de la gracia santificante. Sin ella, el individuo y la sociedad heridos por el pecado no pueden arrancar las raíces de la mentira social, la violencia, la opresión y la injusticia que se anidan en todos los procesos de cambio social.

Entonces, para evangelizar la política es indispensable partir de la eucaristía. Ésta la confecciona el sacerdocio ministerial, que en un acto inmanente *acoge la vida, la verdad y el amor de Dios*, que Cristo le comunica, y en otro acto inmanente, que está a cargo específica pero no exclusivamente de los *christifideles laici* (Juan Pablo II), los lleva al corazón del mundo donde se encuentra la política, para consagrarla y santificarla (*Lumen gentium*, No. 34). Al respecto dice el Doc.PC:

281

La vida de Dios se puede llevar a (...) la política de una manera personal y de una manera social; lo primero exige de la persona una espiritualidad sólida y arraigada en la Iglesia y fuertes vínculos con la comunidad eclesial de la que forma parte. Lo segundo exige la vivencia del misterio de la comunión en la Iglesia y en torno de la eucaristía para llevar esta vivencia al corazón de la política.

¿Quiénes son los actores de la evangelización de la política?

Hay que distinguir: una cosa es *hacer la política*, lo cual no corresponde a la Iglesia, lo que ha reiterado el santo Padre: "La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado." (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, No. 28). Otra cosa es *evangelizar la política*, lo que sí corresponde a todo el pueblo de Dios, con las funciones específicas que corresponde a la jerarquía, a los religiosos y a los laicos. Dijo Pablo VI:

Los seglares (...) deben ejercer (...) una forma singular de evangelización. Su tarea primera e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial –esa es la función específica de los pastores– sino en poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política..." (Acerca de la evangelización del mundo contemporáneo, No. 70)

Distinciones básicas a las que se suma la del Concilio sobre la forma como el laico actúa en su carácter de ciudadano:

Es de gran importancia (...) que se distinga claramente entre aquello que los fieles cristianos hacen, individual o colectivamente, en su nombre en cuanto ciudadanos, guiados por la conciencia cristiana, y lo que hacen en nombre de la Iglesia juntamente con sus pastores. (Concilio Vaticano II, No. 76)

El Doc. PC también se detuvo en este punto:

Es necesario poner de relieve que los laicos deben trabajar con su propia responsabilidad y en su propio nombre cuando actúan en política, siempre deben

hacerlo en comunión con la jerarquía, sin que esto signifique que la compromete con sus acciones.

La cooperación de jerarquía y laicado en la praxis evangelizadora de la política está revelando nuevas formas de gran eficacia, como se ha venido experimentando de la lucha por la defensa de la vida. Relato una experiencia personal sobre la importancia de estas distinciones: el 9 de julio de 1981, cuando se fundó Laicos por Colombia, en reunión con la Comisión Episcopal del Estado Laical, los preladados nos preguntaron a los fundadores: “¿Ustedes lo que quieren es fundar un partido político?” Respondimos: “No, lo que queremos es evangelizar la política.” Obviamente, ello no excluye crear o participar en partidos.

Señala el Doc. PC que existe una vigorosa presencia de laicos en la sociedad civil:

Se verifica una vigorosa y variada presencia de laicos en los espacios de acción social tales como las instituciones de Iglesia, las organizaciones no gubernamentales, los movimientos sociales, las empresas con responsabilidad social, las universidades, etc., que también ocupan el espacio público y trabajan por el bien común... A esta presencia le falta algo que le permita incidir activamente en la orientación de los procesos sociales y en las políticas del Estado.

Contrasta esta observación con la que antes había hecho el mismo documento al referirse a “una significativa ausencia del laicado maduro en las estructuras del sistema político”. No se trata de una contradicción en los términos sino de una doble mirada: una a la realidad de los laicos, cada uno operando en su propio ámbito, y otra a la realidad de laicado, que surge cuando ellos se integran y forman un cuerpo orgánico, bien para proyectarse socialmente, bien para acometer proyectos de naturaleza histórica. Así pues, laico, sujeto personal, y laicado, sujeto comunitario, son actores de la evangelización de la política, como lo son, valga la analogía, los obispos y el colegio episcopal en el cuerpo místico.

SUS DIMENSIONES

La praxis evangelizadora de la política tiene dos dimensiones que son concomitantes, porque la una no puede existir sin la otra y están entrañablemente unidas: son la “micro” y la “macro” evangelización de la política. El ámbito de la primera se despliega en el “hoy” y en el “aquí”; la segunda, en el transcurso de los siglos que conforman la historia.

La dimensión micro de la evangelización de la política

La dimensión *micro* de la praxis evangelizadora de la política se proyecta sobre la totalidad del sistema cívico-político que está compuesto por el Estado y la sociedad civil. Lo pone de relieve el Doc. PC al describir los espacios donde actúan los laicos y el laicado: “En resumen, dentro de las estructuras de la sociedad civil a saber: ético-religiosas, familiares, cívicas, educativas y económicas y también dentro de las estructuras del Estado.” La sociedad, tanto a escala de la organización local, como de la nacional o internacional, funciona por medio de estructuras sociales que cuando se entrelazan orgánicamente constituyen un sistema cívico-político descrito por un Plan Nacional de Desarrollo de Colombia:

Podemos comparar el sistema cívico político con un edificio de seis pisos en el que cada piso corresponde a una estructura y cumple una precisa función social. Al recorrer el edificio, hallamos en el primer piso el templo, la oración, todo lo relacionado con el ámbito que se refiere a la dimensión trascendente del ser humano y es la fuente (...) es *la estructura religiosa* y moral (...). Al pasar al segundo piso, cambia el paisaje: ahora nos encontramos con sala, comedor, alcoba, estamos ante *la estructura familiar* (...). Al subir al tercer piso, nos encontramos con los vecinos de la cuadra, del barrio, de la vereda (...), el municipio y diversas organizaciones cívicas; esta es la estructura cívica (...). Al llegar al cuarto piso, nuevamente cambia el escenario (...) ahora tenemos ante los ojos el (...) colegio (...) la universidad, el televisor o el radio (...) esta es *la estructura educativa* (...). Luego penetramos en el quinto piso, en el que contemplamos (...) todo lo que sirve para producir bienes y prestar servicios, sin los cuales tampoco podríamos existir, ya que requerimos de techo, de alimento, de vestido, de transporte, y sobre todo, de trabajo. Se trata, pues, de (...) *la estructura económica*. Arribamos al final de nuestro recorrido en el sexto piso, en donde el paisaje está compuesto por la alcaldía, la gobernación, la casa presidencial y el parlamento (...), todo aquello que constituye el Estado. Esta es *la estructura política* (...) que coordina a las demás estructuras del sistema. (Congreso de Colombia, 1995: 39-40)

El tejido social en cada piso, en cada estructura, se configura por múltiples instituciones y quienes las dirigen se les conoce con el nombre de “élites”, lenguaje que utiliza el Documento de Medellín, o como “constructores de la sociedad...”⁴

4. II y III Conferencias Episcopales de América Latina, realizadas en Medellín, en 1968, y en Puebla, en 1979.

Desde esta perspectiva, el Doc. PC percibe que realmente hay muchos laicos comprometidos en la praxis de la evangelización de la política, situados en las distintas estructuras sociales, pero que carecen de un proyecto histórico común que los lleve a liderar el cambio en cada estructura integrándose como laicado maduro: “Todo lo que vemos exige de los movimientos y comunidades eclesiales realizar una permanente espiritualidad de comunión que tenga también el perfil de la actividad ciudadana.”

Este enfoque cambia radicalmente la actual situación en la que los movimientos rechazan la política porque la identifican con el proselitismo electoral, que puede dividir a sus miembros. La frase típica es: “Aquí no hacemos política.” Las consecuencias son graves, pues favorecen la dicotomía entre la fe y la vida ciudadana.

Si el laicado valora su papel como dinamizador de la sociedad civil será capaz de liderar las políticas *que orientan las estructuras, sobre todo, si en forma sistemática se atiende a la acción sobre las élites*. El Doc. PC recuerda:

Muchos movimientos ya la están haciendo (la política) porque toda su proyección es social, es política y pública. Allí deben liderar las organizaciones que intervienen en la configuración de las políticas de Estado, por ejemplo, en el campo educativo, la fe, la cultura, etc.

Es muy importante brindar formación permanente, personal y comunitaria, acorde con la estructura social donde opera el laicado. Sigue el citado documento:

Todo lo que vemos exige de los movimientos y comunidades eclesiales realizar una permanente formación para la política cimentada en la doctrina social de la Iglesia y en una espiritualidad de comunión que tenga también el perfil de la actividad ciudadana.

Después, el documento trata el espinoso tema del Estado y de los partidos políticos.

Para llevar a cabo la acción específica en nuestros partidos dentro de una democracia como la que caracteriza a América Latina, que padece de carencias profundas y graves, se requiere de una parte formar la conciencia ciudadana de los miembros de los movimientos, para que cada uno adquiera la capacidad de trabajar como ciudadano, bajo su responsabilidad, guiado por su conciencia cristiana dentro del entramado de los partidos y de las demás instituciones de orden temporal donde actúa el Estado (...). Cada movimiento eclesial o nueva comunidad debe favorecer un clima para cultivar la vocación de liderazgo político de sus miembros y apoyarlos cuando lo ejerciten. Eso no significa que el movimiento o la comunidad en cuanto tal tenga que asumir o respaldar las opciones políticas que cada líder asume bajo su responsabilidad.

La relación directa de un movimiento eclesial o de una nueva comunidad con las estructuras del sistema cívico-político, especialmente con los partidos, es muy difícil; para realizarla con facilidad y eficiencia, se requieren organismos del laicado situados en el ámbito temporal, que tengan rostro ciudadano y alma apostólica para que cumplan una función de puente entre la iglesia y el mundo. Dice el documento:

...es necesario promover organismos del laicado que trabajen en la política con el propósito explícito de evangelizarla, en los que se puedan unir miembros de las diversas organizaciones apostólicas para garantizar una praxis política acorde con las fe y que esté animada por la vida espiritual. Estos organismos son mediaciones para poderse insertar con más efectividad en los organismos puramente temporales.

La dimensión macro de la evangelización de la política

Cuando se emplea el vocablo “civilización” para expresar la más amplia unidad de estudio histórico, tal como lo hizo Arnold Toynbee (1975) en el estudio de la historia, o Samuel Huntington en el análisis del choque de las civilizaciones contemporáneas (1997), el observador se sitúa en la dimensión de lo macro, que permite ver los grandes conjuntos del acontecer humano y dentro de ellos comprender los fenómenos políticos.

La evangelización de la política, en unas circunstancias, obra al interior de civilizaciones a las que llega y se *incultura, para transformarlas; y en otras, engendra nuevas civilizaciones*. Así la Iglesia vivifica los pueblos y al mismo tiempo purifica y asimila los valores que portan, incorporándolos a la cultura de la humanidad en la historia y salvándolos para la eternidad (*Gaudium et spes*, No. 39).

UNA MIRADA A LA HISTORIA

En el transcurso de las veinte jornadas mundiales de la juventud, millones de jóvenes se han venido reuniendo en torno del Vicario de Cristo en la Tierra, alegres, entusiastas, con cantos y sonrisas que interpretan y reflejan las mejores esperanzas de la humanidad. En la última, realizada en Colonia, en agosto de 2005, participaron más de un millón de jóvenes de 197 países de los cinco continentes. Monseñor Stanislaw Rylko, presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, Dicasterio de la Santa Sede que ha venido organizando las jornadas, subrayó el sentido de este signo de los tiempos.

Aquel día –ésta ha sido una impresión generalizada– fue como si los jóvenes reunidos junto a las riberas del río viesan a Pedro en la persona de Benedicto XVI llegando directamente del lago de Galilea... (Rylko, 2005)

Todos ellos experimentaron el sabor profético de las palabras del Concilio dirigidas a la juventud:

La Iglesia (...) es la verdadera juventud del mundo (...) Posee lo que constituye la fuerza y el encanto de los jóvenes: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo hacia nuevas conquistas. (Vaticano II, 1965)

Dos mil años lo confirman. Miremos someramente la experiencia eclesial de la evangelización de la política por períodos de medios milenios.

En el primer medio milenio

El primer medio milenio fue testigo de la acción evangelizadora del pueblo de Dios en el corazón de la civilización greco-romana, que tuvo como espíritu la cultura de la Hélade, y como centro primordial de la política a Roma, la ciudad de los césares. Ahí se congregaron tres millones de creyentes, doscientos jefes de Estado y a través de la televisión y de la radio, cuatro mil millones de ciudadanos del mundo de todas las lenguas, razas y religiones participaron en las exequias de Juan Pablo II. Éstas se llevaron a cabo en la Plaza de San Pedro, donde el obelisco señala el lugar donde el primer pontífice sufrió el martirio ordenado por el emperador Nerón, apenas tres décadas después de la muerte del Crucificado.

¿Sería posible pensar entonces que el Sático, símbolo de la unión del poder total, totalitario, con la lujuria que caracterizó la última etapa del Imperio Romano, cedería ante la evangelización de la política, que fue obra de la Iglesia de los apóstoles y de los mártires? Rubén Darío, el poeta de nuestra estirpe, evoca el *totalitarismo pagano* de la civilización greco-romana con la figura del Sático, que desaparece en las tinieblas de un pasado sin retorno mientras el cristianismo construye la historia real, la que perdura: "... y el Sático contemple sobre un lejano monte una cruz que se eleve cubriendo el horizonte. ¡Y un resplandor sobre la cruz!" (1896)

El amor al enemigo no siempre convierte al enemigo en amigo, pero siempre rescata y purifica lo que hay en él de bueno y valioso. La evangelización de la política en el mundo clásico salvó para el patrimonio de la

humanidad los grandes aportes de la cultura greco-romana transmitidos por las lenguas, el latín y el griego, purificándolos y elevándolos. En el campo de la política ello significó el reconocimiento de la dignidad de la persona, de la fraternidad universal y del dominio del hombre sobre el cosmos, a lo que se sumó el derrocamiento de la imagen del poder del Estado como supremo poder sobre la Tierra, tal como lo proclamaron los apóstoles ante el Sanedrín: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.” (Hch 5,29)

En el segundo y en el tercer medios milenios

Del año 500 al 1500 d.C. la Iglesia emprendió una *nueva evangelización de la política en Europa*, pues la primera había quedado sepultada bajo las ruinas del Imperio Romano demolido por las invasiones de los pueblos suevos, godos, vándalos, francos, ostrogodos y hérulos, la mayor parte, tribus de origen germánico. Dos magnos pontífices abrieron las puertas a la dimensión política de esta evangelización: León y Gregorio (590-604); el primero, porque detuvo al bárbaro Atila ante las murallas de Roma (año 452); y el segundo, porque le dio un giro decisivo para que respondiera al desafío de evangelizar al mundo germánico. Esta tarea fue iniciada por el benedictino San Bonifacio y en el presente siglo florece con Benedicto XVI.

Los monasterios –centros de oración, trabajo y cultura–, desde los benedictinos hasta el Cister fueron los protagonistas principales de una evangelización de lo político que tuvo la virtud de transformar a las tribus bárbaras en pueblos que llegarían a ser matriz de las naciones que hoy conforman la Unión Europea.

La ciencia política desarrollada por una corriente de pensamiento que partió de *La ciudad de Dios* de San Agustín y de San Isidoro de Sevilla e incrementó sus caudales con Santo Tomás de Aquino, vertebró las instituciones, otorgó la primacía al derecho natural sobre el positivo, fundamentó la progresiva eliminación de la esclavitud y desembocó en la “Carta de los derechos humanos” que proclamó la ONU en el año de 1948.

En el cuarto medio milenio

La evangelización de la política realizada en la civilización greco-romana en el transcurso del primer medio milenio asimiló los valores del mundo clásico y con ellos engendró a la civilización occidental durante el segundo y el

tercer milenio (500 a 1500) al entrar en contacto con los del mundo germánico. Luego suscitó *la evangelización constituyente de la civilización latinoamericana, la cual celebró su quinto centenario de existencia histórica en el año de 1992.*

Juan Pablo II, en el discurso inaugural del IV Conferencia Episcopal de América Latina, realizada en Santo Domingo, subrayó:

En este proceso singular el año de 1492 marca una *fecha clave*. En efecto, el 12 de octubre –hace hoy exactamente cinco siglos– el almirante Cristóbal Colón, con las tres carabelas procedentes de España, llegó a estas tierras y plantó en ellas la cruz de Cristo.

El romano Pontífice, que en 1891 conmovió al mundo con la encíclica *Rerum novarum*, un año después, al participar en el homenaje de universal reconocimiento a Cristóbal Colón con ocasión del cuarto centenario, escribió:

...se trata del más grande y más hermoso hecho realizado por el género humano, y pocos pueden compararse con él por la grandeza de alma y por el genio con que se llevó a cabo. Por él, un nuevo mundo salió del seno inexplorado del océano. (León XIII, 1892)

Tanto el primero como el segundo Papa cronológicamente situados a quinientos y cuatrocientos años, respectivamente, del magno acontecimiento, contemplaron y valoraron la tercera gran epopeya de la macro-evangelización de la política: *haber dado a luz una civilización original*, filial de la occidental (a través de la vertiente hispano y lusitana) y de las civilizaciones indígenas (principalmente inca, maya, azteca, muisca, caribe) con el aporte de los pueblos africanos, en un ámbito espacial y ecológico privilegiado que contiene en grado sumo belleza, biodiversidad y riquezas naturales.

Hoy es un pueblo-continente con unidad de fe, comunidad de lenguas (español, portugués e indígenas vivas) y cultura, con sustrato católico y proyección universal, porque alberga a casi la mitad de los miembros del pueblo de Dios. Su identidad profunda la cantó Rubén Darío con verso que ha de hacerse extensivo a todos los elementos del ser latinoamericano:

"...la América ingenua que tiene sangre indígena, que aún reza a Jesucristo y aún habla en español." (1904)

Alberto Caturelli, en la obra clásica *El nuevo mundo* (1991: 53ss.) distingue entre lo *originario* y lo *original* en el descubrimiento de América: lo primero se refiere a los antiguos mundos hispano-lusitano, de una parte, e

indígenas de la otra, con sus milenarias y diversas identidades culturales. Lo segundo se refiere al *nuevo mundo* que nació de su fecundo encuentro, de la cual forma parte Colombia, la nación que con su nombre rinde homenaje. Lo dijo en 1883 el historiador tunjano, doctor Aquilino Niño, al "...piadoso marino Cristóbal Colón, paloma portadora de Cristo (Cristóforo Colombo), como lo interpreta su biógrafo (...) el conde Roselly de Lorgues." (1893: 183)

¡Cristóforo Colombo, pobre almirante

ruega a Dios por el mundo que descubriste! (Rubén Darío, 1892)

El término *América* procede del cartógrafo que la dibujó primero, Américo Vespucio; lo de *Latina* se debe a que el Lacio, región situada en Italia, acunó al Imperio Romano, cuya lengua fue el latín, del cual nacen nuestros idiomas, el español y el portugués. A este nombre se le suman los de *Iberoamérica*, *Indoamérica*, *Indo-Ibero-Afro América*, *Hispanoamérica*. Esta rica pluralidad de nombres complementarios retrata la macro-evangelización de la política, que sembró la integración y la fraternidad entre pueblos razas y culturas, como lo expresa un verso del poeta nicaragüense Joaquín Pasos, verso que ha de ser enriquecido con el aporte de los afro-americanos, y dice:

*Un indio nuevo ha nacido,
un indio nacido hoy;
es un español todo indio,
un indio todo español.*

Las ciudades son la expresión del espíritu hecho piedra. La arquitectura no miente cuando se trata de reconstruir el pasado y de observar el presente de los pueblos. En las ciudades, villas o aldeas de los tiempos fundacionales de la civilización latinoamericana, la plaza principal tiene forma de retícula en la que sobresale el templo, que informaba la vida cotidiana, la alcaldía, sinónimo del orden, las casonas, algunas de ellas blasonadas, y el comercio que reverberaba el día del mercado.

Un testigo de la época del Libertador, su ministro de Gobierno, José Manuel Restrepo, relata la calidad de la vida ciudadana, fruto de la evangelización constituyente, durante siglos XVI, XVII y XVIII:

El pueblo de la Nueva Granada era por lo general de buenas costumbres, sobrio, sumiso y obediente a las leyes. Un viajero podía recorrerlo de un extremo al otro, sin que se hallaran salteadores que atacaran su persona o intereses. (1958)

Las buenas costumbres, inculcadas y permanentemente renovadas por la Iglesia, fueron capaces de superar guerras y conflictos durante el siglo XIX y gran parte del XX, hasta cuando quedaron envueltas en los torbellinos de las sociedades de consumo; aún subsisten como soporte de la civilidad y alma del tejido social, aunque los templos parezcan nuevas catacumbas de la gran ciudad trepidante y multitudinaria y a la vez injusta e insolidaria. Este es un signo de los nuevos tiempos que retan y también con alegría esperan una nueva evangelización de la política que desde la civilización latinoamericana irradie solidaridad y paz.

También en el transcurso del cuarto medio milenio (1500 a 2000) la evangelización de la política libró su combate por la fe al interior de la civilización occidental, y le hizo frente *al fenómeno de creciente apostasía que culminó en la sociedad poscristiana, caracterizada por el retorno del totalitarismo*. Durante este período el cuerpo de la civilización occidental creció, pero su alma se extravió cuando salió en la búsqueda del humanismo en un proceso en el que creyó que para descubrir al hombre era necesario rebelarse contra Dios.

El hombre occidental que optó por la apostasía en el siglo XV se deslumbró ante el esplendor de la criatura humana, pero olvidó que tenía luz prestada porque era imagen y semejanza del Creador. En el siglo XVI la Reforma lo desgajó de la vid, porque se persuadió de que para relacionarse con Cristo no necesitaba de la Iglesia. En el siglo XVII creyó en la razón y dejó de creer en Cristo. En el siglo XVIII el iluminismo y la Ilustración desligaron a Dios del destino de los hombres y lo redujeron a un frío principio metafísico. El siglo XIX sustituyó a Dios por la fábula de una materia eterna en perpetua evolución de cuyo seno emergen todos los seres que conforman el universo, hasta culminar en el hombre que asume la dirección de la evolución hasta que llegue a su final, que no será otro que la liberación plena del ser humano, porque poseerá el poder total. En el siglo XX la apostasía se transmutó en la política, *que engendró el totalitarismo de Occidente con su pretensión de ser el poder total, un dios sobre la Tierra*.

De tal modo, la Era Moderna (1500-2000) se clausuró con la caída del *totalitarismo racista* en 1945, cuando en un bunker de Berlín quien se creía la punta de la evolución racista se quitó la vida, y cuando en 1989, como si se tratara de las murallas de Jericó, el muro, de ser signo del *poderío totalitario comunista* se transformó en lugar turístico donde venden sus piedras como

souvenirs certificados. No obstante, en la *posmodernidad* de la década de los '90 nació el *nuevo totalitarismo, de ámbito global*, pues trasciende las fronteras de Occidente y se impone con fuerza al parecer incontenible.

Entre el Concilio de Trento (1545-1563), realizado cuando se iniciaba el mundo moderno, el Vaticano I (1869-1870), llevado a cabo cuando la modernidad con el ímpetu de la Revolución Francesa escalaba las cumbres, y el Concilio Vaticano II (1962-1965), acontecido en el corazón de la década de los '60, cuando el paradigma de la posmodernidad fue entronizado, el pueblo de Dios experimentó un cambio extenso y profundo que amplió la catolicidad a todos los continentes y lo hizo crecer en santidad. Una vez más, en la civilización occidental se cumplió la parábola del trigo y la cizaña.

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN DE LA POLÍTICA

Relatan los Hechos de los Apóstoles que cuando los judíos rechazaban con envidia y contradecían con blasfemias el anuncio de la Buena Nueva, Pablo y Bernabé con valentía les dijeron: "Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la Palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y vosotros mismos no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles." (Hch 13,42). Y guiados por la visión de un joven que le decía a Pablo: "Pasa a Macedonia y ayúdanos" (Hch 16,9), llegaron a evangelizar en el corazón de la civilización greco-romana de la que luego nació la occidental.

Durante dos milenios Europa ha sido el centro de la catolicidad y desde allí la ha iluminado. Al hacerse patente la apostasía de la civilización occidental, el pueblo de Dios le repite las palabras que Pablo y Bernabé pronunciaron ante los judíos y de la mano de la juventud trasciende las fronteras de Occidente y se va búsqueda de un continente joven, el de la esperanza, al que le ha llegado su hora.

Es tu momento América Latina –dijo Pablo VI–, un nuevo día ilumina tu historia. Tuyo es un inmenso continente, el mundo entero aguarda tu testimonio de energía, de renovación social, de concordia y de paz. Novísimo testimonio de civilización cristiana. (Pablo VI, 1966)

Contemplamos en el horizonte a una sociedad que vive el proceso de cambio social que la unifica y está llevándola a constituir una civilización de dimensiones planetarias en la que se encuentran o chocan las civilizaciones contemporáneas que, según Samuel Huntigton, son: la china, la japonesa, la

hindú, la islámica, la ortodoxa, que se refiere principalmente a Rusia, la Occidental, que incluye a Europa, Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda, la africana y la latinoamericana (Huntington, 1997: 50ss.). “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano.” (*Lumen gentium*, No. 1)

A escala macro, dentro del contexto de una sociedad pluralista, la *nueva evangelización de la política ha de infundir la dinámica de comunión en ellas para que la vida, la verdad y el amor sean el fermento que las integre y desarrolle, respetándoles su propia identidad, como artífices de una nueva civilización de dimensiones planetarias en el tercer milenio.*

Esta es, está siendo y debe llegar a ser la *civilización del amor*, que se siembra día a día y en todas las partes donde alguien ame, sirva, sea solidario; porque no se trata de una utopía sino de una cultura, lo que quiere decir cultivo de la amistad, del diálogo y del respeto a la vida. Esta es la dimensión micro de dicha evangelización. Es algo realizable que está en nuestras manos y al alcance de todas las personas y todas las comunidades de buena voluntad. En ella laboran los que en cada una de las estructuras del sistema cívico-político generan progreso. Así pues, la dinámica de comunión, por medio de los tejidos que unen a la sociedad desde lo personal hasta lo mundial, es la fuerza vital que transforma a ésta en civilización del amor, y da a este fundamental vocablo todo el peso que Benedicto XVI le dio en su encíclica “Dios es amor”.

Al observar el panorama de las civilizaciones contemporáneas, salta a la vista que la civilización latinoamericana está a la vanguardia de la construcción de la civilización del amor, porque su pueblo es creyente y aún conserva el sustrato católico de su cultura. Por otra parte, mientras la civilización occidental, después del Concilio, aceleró la apostasía, por las venas de América Latina ha venido circulando la sangre del Concilio, que ha conservado la unidad del pueblo-continente y ha impedido su disgregación; sus fronteras aún se confunden con las del pueblo de Dios. Las magnas conferencias episcopales realizadas en Medellín (1968), Puebla (1972), Santo Domingo (1992) y la que está en marcha, en Aparecida, para el 2007, han dado a la Iglesia el papel protagónico del quehacer histórico, en medio de la borrasca universal.

El Doc. PC, situado en la perspectiva macro de la evangelización de la política, resume las patéticas descripciones que se han venido haciendo sobre

la crisis del actual sistema cívico-político latinoamericano, y señala que el nuevo totalitarismo, en vez de querer superar la crisis, combate a la civilización latinoamericana para aniquilarla y explotar a su pueblo:

Esta tarea histórica exige resistir la agresión de un nuevo totalitarismo que obra a escala global y pretende destruir el sustrato católico de nuestra cultura generando un cambio social que conlleva una mentalidad secularista, agnóstica o relativista, como sustento ideológico de estructuras inhumanas que conducen a peores situaciones de injusticia y corrupción.

El ataque y la defensa de la familia y de la vida humana actualmente son el centro del conflicto. Prosigue el documento:

Frecuentemente este poder crea estructuras políticas y sociales inhumanas e incluso se vale del poder de la ley para destruir estructuras básicas tales como el matrimonio y la familia a través de propuestas de aborto, eutanasia, experimentación con embriones humanos vivos y matrimonios entre personas del mismo sexo (...). Se subrayan las experiencias de movilización del laicado en defensa de la vida en todos los países de América Latina; constituyen un ejemplo del laicado que trabaja con conciencia cristiana contra los proyectos contrarios a la familia y al matrimonio.

CONCLUSIÓN

La evangelización de la política tiene como paradigma a Santo Tomás Moro, y su praxis está animada por la virtud teologal de la esperanza, que aflora cuando el poder parece invencible:

Esta ola pasará, como que las puertas del infierno no prevalecerán. No tendrán hijos los incrédulos, como ya casi no los tienen. Tendrán hijos los creyentes, y sabrán que los hijos son una bendición. Los fieles, ahora perseguidos, transmitirán su fe. Como en la promesa de Abrahán, su progenie será abundante como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Frente a los que no nacieron, ellos repetirán las palabras eternas de quién es el camino, la verdad y la vida. Como renuevos de olivo –lo dijo el salmista– así los hijos en derredor de la mesa en la familia cristiana. (Sanín, 1972: 15)

BIBLIOGRAFÍA

BENEDICTINO XVI, *Deus caritas est*.

CATURELLI, ALBERTO, *El nuevo mundo*, Edit. Edamex, México, 1991.

CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*.

CONCILIO VATICANO II, "Mensaje a la humanidad", 1965.

- CONGRESO DE COLOMBIA, "El desarrollo está en sus manos. Ley 188 de 1995", Comisión VII, Senado de la República, Bogotá, 1995.
- CORSI OTÁLORA, CARLOS; CRESPO CAMPO, JOSÉ MANUEL Y GONZÁLEZ SILVA, EDGAR, *El Estado auténtico, un modelo político de comunión*, Senado de la República, Bogotá, 1997.
- GUZMÁN CARRIQUIRY, "La presencia cristiana en las transformaciones políticas y sociales de Puebla", en *La teología de la liberación a la luz del magisterio*, Cedral, Bogotá, Trípode, Caracas, 1988.
- HUNTINGTON, SAMUEL, *El choque de civilizaciones*, Editorial Paidós, Barcelona, 1997.
- JUAN PABLO II, *Encíclica Christifidelis laici*.
- JUAN PABLO II, *Encíclica Lumen gentium*.
- LEÓN XIII, *Carta encíclica relativa al cuarto centenario de Cristóbal Colón*, Roma, 1892.
- MARTÍNEZ VILLAMIZAR, ALFONSO, *La evangelización de la política*, Editorial Talleres Gráficos, Tunja, 1998.
- NIÑO, AQUILINO, *Sinopsis de historia universal*, Editorial Imprenta Torres, Tunja, 1893.
- PABLO VI, *El anuncio del Evangelio hoy*.
- PABLO VI, *Exhortación apostólica "Acerca de la evangelización del mundo contemporáneo"*.
- RESTREPO, JOSÉ MANUEL, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, Tomo I, Edit. José Joaquín Besagón, 1958.
- RYLKO, STANISLAW, "I Care", XX Jornada Mundial de la Juventud, Introducción, Colonia, 2005.
- SANÍN ECHEVERRI, JAIME, "Prólogo", en RUEDA, LUIS Y CORSI, CARLOS, *Colonialismo demográfico*, Editorial Paulina, Bogotá, 1972.
- SEGUNDA CONFERENCIA EPISCOPAL DE AMÉRICA LATINA, Medellín, 1968.
- TOYNBEE, ARNOLD J., *Estudio de la historia*, Editorial Alianza Editorial, Madrid, 1975.